

Unos, con ansia propagando el fuego,  
 Hacen que pronto cruja la madera;  
 Otros con loco afán quebrantan luego  
 La arboladura fuerte y altanera.  
 Alguien, llevado de entusiasmo ciego,  
 Quita febril del asta la bandera,  
 Y haciéndola girones con los dientes,  
 Se forma de ella lazos diferentes.

En breve tiempo el popular estrago  
 Deja los bergantines destruidos,  
 Y en el espejo límpido del lago  
 Sobrenadan los restos esparcidos.  
 Expresa el pueblo su profundo halago  
 Con vítores por nobles presididos,  
 Y en los que al són del teponaxtli elevan  
 Cantos que el triunfo en sus estrofas llevan.

FIN DEL CANTO PRIMERO.

Unos, con ansia propagando el fuego,  
 Hacen que pronto cruja la madera;  
 Otros con loco afán quebrantan luego  
 La arboladura fuerte y altanera.  
 Alguien, llevado de entusiasmo ciego,  
 Quita febril del asta la bandera,  
 Y haciéndola girones con los dientes,  
 Se forma de ella lazos diferentes.

## CANTO SEGUNDO.

Regresa Hernán Cortés de Zempoala.—Es recibido fríamente por los mexicanos.—Entra al cuartel español, y el pueblo se dispone á combatirlo.—Exige Cortés á Moctezuma que calme la ira popular, y éste envía á Cuitláhuac para que contenga á las masas.—Se pone Cuitláhuac á la cabeza del pueblo y ataca á los españoles.—Moctezuma intenta calmar con su presencia la ira de los mexicanos, y es herido con una piedra.—Combates en las calles.—Asaltan los españoles el gran teocalli y son rechazados hasta su cuartel.

Cuando benigna la voluble diosa  
 Que se llama Fortuna, con sus alas  
 Protege á un sér amiga y cariñosa,  
 En él derrama sus celestes galas.  
 El héroe que con planta valerosa  
 Logra pisar de las empireas salas  
 El recinto magnífico y sagrado,  
 Su camino prosigue acelerado.

Si la brillante luz de la victoria  
 Ilumina la senda del guerrero,  
 El esplendor de la adquirida gloria  
 El porvenir le muestra lisonjero.  
 No guarda del peligro la memoria,  
 Ni si le amenazó terrible y fiero:  
 Ve que el astro del triunfo resplandece  
 Y el riesgo á su fulgor desaparece.

En Zempoala vence el castellano  
 De Narvaéz á la legion temible,  
 Y con sus huestes se prepara ufano  
 La campaña á seguir irresistible.  
 De la victoria el genio soberano  
 Le presta su poder, y así, terrible,  
 Recobrando la audacia que le guía,  
 Completo triunfo conquistar ansía.

Hernan Cortés, volviendo victorioso  
 De Narvaéz tras rápida campaña,  
 A la ciudad regresa receloso,  
 Que de los suyos teme la zizaña.  
 Un ejército bravo y numeroso  
 Al capitán intrépido acompaña;  
 Y con tan grande ostentación de guerra,  
 Los pueblos todos á su paso aterra.

Entra en Tenochtitlan; pero ninguno  
 El parabien le da de la victoria;  
 No hay en las calles habitante alguno  
 A quien ofusque su fulgente gloria.  
 Él, que los homenajes uno á uno  
 Recibidos ayer, en su memoria  
 Frescos conserva, con temor vacila  
 Al penetrar en la ciudad tranquila.

¿Qué se hicieron los reyes y señores  
 Que con afán le daban sus presentes?  
 ¿Por qué en solicitud de sus favores  
 No acuden los caciques reverentes?  
 Las enramadas de vistosas flores  
 Y los adornos de oro relucientes  
 Con que ántes celebraba su llegada,  
 ¿Por qué no ostenta la ciudad callada?

Todo es desolación, todo aspereza:  
 La ciudad, semejante á un cementerio,  
 Guarda en su seno sólo la tristeza  
 Envuelta entre las sombras del misterio.  
 El capitán inclina la cabeza;  
 Pero recobra su viril imperio,  
 Y obediente á la voz de la bravura,  
 En las desiertas calles se aventura.

Cesa después el bélico ruido;  
 El pesado rodar de los cañones,  
 De las trompetas el marcial sonido  
 Y el garboso trotar de los bridones.  
 Al cuartel español, fortalecido,  
 Penetraron Cortés y sus legiones,  
 A quienes por el triunfo conquistado  
 Rinde sus ovaciones Alvarado.

Despierta luego la ciudad. Airadas  
 Las masas populares, con presteza  
 Abren zanjas en calles y calzadas  
 Para aislar la enemiga fortaleza.  
 De Cuauhtemoc las tropas denodadas  
 A la lid se disponen con braveza,  
 Queriendo, en sus legítimos rencores,  
 Vencer á los odiados opresores.

Contempla Hernan Cortés aquel osado  
 Cerco de brava y numerosa gente,  
 Y, cediendo á su instinto de soldado,  
 Un nuevo ataque á su cuartel presente.  
 No teme la refriega su esforzado  
 Pecho, que guarda un corazon valiente;  
 Mas la falta de víveres podria  
 Amenguar de su tropa la osadía.

A Moctezuma llama á su presencia  
 Y le dice que al pueblo mexicano  
 Tratando están los nobles con violencia,  
 Que debe corregir el soberano.  
 Que sus órdenes mande, en consecuencia,  
 Para que cese el proceder villano,  
 Y vuelva la ciudad alborotada  
 A tomar su quietud acostumbrada.

El débil Moctezuma quizás cede  
 En tal momento á inspiracion divina;  
 Acaso á sus temores se sucede  
 El odio al invasor que le domina.  
 Sabe que Cuitlahuác<sup>14</sup> es quien más puede  
 Lograr de los contrarios la ruina,  
 Y pide con sumisas expresiones  
 Que lleve Cuitlahuác sus instrucciones.

Es Cuitlahuác el principal guerrero  
 Del indomable pueblo mexicano,  
 Y que Cortés conserva prisionero  
 Por temor á su influjo soberano.  
 Por el peligro amedrentado, empero,  
 Cede sin vacilar el castellano,  
 Que irreflexivo ordena diligente  
 La libertad del general valiente.

Parte á poco el intrépido soldado,  
 Alentando en su pecho la esperanza  
 De aniquilar al extranjero odiado  
 Para cobrar legítima venganza.  
 Contempla Cuitlahuác entusiasmado  
 El cerco militar que á ver alcanza,  
 Y apresurando el paso se encamina  
 A la valla que encuentra más vecina.

Como el que ciego ha estado, y de repente,  
 Recobrando la vista, en torno mira,  
 Y el panorama rico y esplendente  
 De la natura con afán admira:  
 Como el que de la patria estuvo ausente  
 Y con ansia al volver su aire respira,  
 Así es de Cuitlahuác el albedrío  
 Al contemplar el bélico gentío.

El bravo Cuitlahuác es saludado  
 Por el pueblo, que al verle clamorea,  
 Y entusiasta, febril y arrebatado  
 En triunfo por las calles lo pasea.  
 El general valiente y esforzado,  
 Que al enemigo combatir desea,  
 Ordena las legiones sin tardanza  
 Y contra el fuerte con ardor avanza.

Cuando del mar el escondido seno  
 Se estremece al poder de la tormenta,  
 De sus abismos nace el ronco trueno  
 Que el terror en las almas acrecienta.  
 Las playas con amor baña sereno  
 Cuando en la calma la quietud presenta;  
 Mas si la tempestad su ira provoca,  
 Sus aguas salvan la empinada roca.

El pueblo mexicano se parece  
 Al inconstante mar en tal momento:  
 Tras la calma, de pronto se enfurece,  
 Y en esa agitacion ruge violento.  
 Su poder semejando, se estremece  
 Haciendo ondulaciones turbulento,  
 Y en masa asoladora así adelanta  
 Hacia el cuartel con atrevida planta.

Dispara al pueblo el formidable fuerte  
 Con sus cañones sostenido fuego,  
 Que aunque le lleva destruccion y muerte,  
 No logra contener su arrojado ciego.  
 Hernan Cortés á la contraria suerte  
 No quiere resignarse, y sin sosiego  
 Por todas partes va, se multiplica  
 Y los débiles puntos fortifica.

También el fiero Cuitlahuác pelea  
 Con heroico valor; su diestra mano  
 Por abrir un portillo forcejea  
 Sin cesar, con aliento sobrehumano.  
 El pueblo á su caudillo victorea,  
 É imitando su esfuerzo soberano,  
 Contra los muros del cuartel se lanza  
 Queriendo derribarlo en su venganza.

¡Espectáculo hermoso é imponente  
 En que la destruccion es la belleza!  
 Sólo de un pueblo la ira omnipotente  
 Es capaz de adquirir tanta grandeza.  
 De pronto un grito atronador, rugiente  
 Lanza la multitud, y su fiereza  
 Conteniendo de súbito aterrada,  
 Eleva hácia la altura la mirada.

Cubierto con la régia vestidura  
 Y cifñendo su frente la corona,  
 El prisionero Rey desde la altura  
 A las revueltas masas impresiona.  
 En su semblante el bienestar fulgura,  
 Pues la tranquilidad no le abandona:  
 Del pueblo airado la atencion reclama  
 Y con voz conmovida luego exclama:

“Cesad de combatir, ¡oh campeones  
 Que á los pueblos estais sacrificando!  
 Aquietad á las bélicas legiones  
 Que alborotais sin fruto; yo os lo mando.  
 Pronto los extranjeros escuadrones,  
 La gran Tenochtitlan abandonando,  
 Dejarán de imponernos su presencia  
 Que enciende en vuestros pechos la violencia.

“Huésped he sido aquí, no prisionero;  
 Jamas se me trató como enemigo;  
 Debo ser, como noble, justiciero  
 Para el que es franco y liberal conmigo.  
 Si al numeroso ejército extranjero  
 No quereis dar en la ciudad abrigo,  
 Partirá sin tardanza; os lo aseguro;  
 Con la fe de monarca yo os lo juro.”

Cesó la voz de Moctezuma, y presto  
 De entre la muchedumbre se adelanta  
 Un gallardo adalid, jóven y apuesto  
 Que al fuerte llega con segura planta.  
 Es Cuanhtemoc, que á protestar dispuesto,  
 La altiva frente hácia su rey levanta,  
 Y con la vista hiriéndole el semblante,  
 Le dice así su acento resonante:

“Ni guerrero, ni Rey, ni mexicano  
Eres cuando bendices tus cadenas;  
De esclavo, de cobarde y de villano  
Es la sangre que guardas en tus venas.  
La manceba serás del castellano  
Que se goza al mirar tus duras penas;  
Y pues la majestad diste al olvido,  
Digno eres de morir envilecido.”

Dijo, y lanzando con viril fiereza  
Una piedra al monarca degradado,  
La corona imperial de la cabeza  
Le arranca y le derriba ensangrentado.  
El asalto repite con presteza  
El pueblo, á tal ejemplo arrebatado,  
Y en espantosa lucha con la muerte,  
De nuevo empieza á demoler el fuerte.

Pronto el soberbio pueblo mexicano,  
De su jefe á la voz firme y guerrera,  
Hace temblar el fuerte castellano,  
A cuya guarnicion el riesgo altera.  
Del bravo Cuitlahuác la diestra mano  
Agita de la patria la bandera,  
Causando en esa multitud airada  
Más aliento la enseña venerada.

Dispone Hernan Cortés sus escuadrónes,  
A los que cubre resistente acero,  
Y con ímpetu ataca las secciones  
De Cuitlahuác, que le rechaza fiero.  
En confusa reunion ambas legiones  
Sostienen un combate carnicero,  
En el que los distintos combatientes  
Llevan á cabo hazañas sorprendentes.

Un mexicano aquí, de la montura  
Arroja á un español, y con presteza  
En el suelto caballo se asegura  
Y del contrario imita la entereza.  
Más allá un castellano, con bravura  
Arranca de un mandoble la cabeza  
De un mexicano fuerte y corpulento,  
Que ejemplo es de valor y atrevimiento.

Las mexicanas flechas silbadoras  
Llevan la destruccion al enemigo,  
Y las mazas de guerra aterradoras  
Sin descanso le dan mortal castigo.  
Las chusmas tlaxcaltecas y traidoras,  
A las que no defiende el férreo abrigo,  
Van pereciendo al choque poderoso  
Del pueblo, que combate valeroso.

Los fogosos corceles triturando  
 En su marcha veloz los cuerpos yertos,  
 Van las compactas filas separando,  
 De blanca espuma y de sudor cubiertos:  
 Los cañones, el hierro vomitando,  
 La tierra siembran de adalides muertos;  
 Y del clarín el eco formidable  
 Es señal de exterminio inexorable.

Logran al fin las tropas castellanas,  
 Con el empuje de su fiero brío,  
 Domeñar de las huestes mexicanas  
 El ataque titánico y bravo.  
 Empero, las alturas más cercanas  
 Al cuartel, cubre el bélico gentío,  
 Conteniendo, ya en ellas resguardado,  
 Del enemigo el avanzar osado.

En vano Hernán Cortés con sus guerreros  
 Quiere desalojar al enemigo;  
 Su denuedo rechazan los flecheros,  
 A quienes cubre protector abrigo.  
 Los mexicanos, bravos y altaneros,  
 Que el patriótico amor tienen consigo,  
 Con heroica fiereza se defienden  
 Y con sus tiros al contrario ofenden.

Vano es también que el capitán osado  
 Haga salir baluartes de madera,  
 Que rodando en el suelo ensangrentado,  
 Llevan la destrucción por donde quiera:  
 El pueblo, más y más entusiasmado,  
 Arroja sobre ellos tan certera  
 Granizada de piedras, que rechaza  
 Descompuesta del todo esa amenaza.

Impotentes los bárbaros aceros  
 De los hijos del Sol aborrecidos,  
 No alcanzan á domar á los guerreros  
 Que sostienen la lucha embravecidos.  
 Con tal certeza el escuadrón de honderos  
 Lanza los proyectiles tan temidos  
 Contra la fuerza odiada y enemiga,  
 Que á retirarse á su cuartel la obliga.

Comprende Hernán Cortés que es imposible  
 La defensa, si está posesionado  
 Del teocalli el contrario irresistible  
 Que sin cesar le acosa denodado.  
 Piensa que de sus fuerzas el terrible  
 Empuje, que cien triunfos ha logrado,  
 Puede quitar la formidable altura  
 Al enemigo, y á ello se aventura.

Tal como á veces el volcan rugiente,  
 Por sus igneas entrañas sacudido,  
 De su profundo cráter lanza hirviente  
 La lava que en su seno ha contenido;  
 Así de su cuartel sale imponente,  
 Para asaltar el templo defendido,  
 La numerosa hueste señalada  
 Para llevar á cabo tal jornada.

Y como el fuego del volcan devora  
 Lo que encuentra á su paso, de esa suerte  
 De Hernan Cortés la fuerza asoladora  
 Lleva consigo destruccion y muerte.  
 La guarnicion del templo, aterradora,  
 Resiste aquel empuje bravo y fuerte.  
 Logrando defender con valentia  
 Del teocalli la vasta graderia.

Mira Cortés la heróica resistencia  
 Que el enemigo á su legion o pone,  
 Y al frente de otro grupo, con violencia  
 A marchar al asalto se dispone.  
 Del capitan valiente la presencia  
 Presto los soldados sin sosiego,  
 Arrojo tal en sus soldados pone,  
 Que al fin logra domar de los contrarios  
 Guerreros, los esfuerzos temerarios.

Las filas tlaxcaltecas, dirigiendo  
 Sus tiros á las tropas mexicanas,  
 Van el rápido avance protegiendo  
 De las audaces fuerzas castellanas.  
 Cortés, la espada con vigor blandiendo  
 Y ejecutando acciones sobrehumanas,  
 Abre paso en la tosca graderia  
 A sus guerreros que valiente guia.

A su terrible ejemplo, los soldados  
 Libran en el teocalli la batalla,  
 Y de bélico ardor arrebatados  
 Logran romper la resistente valla.  
 Entre los asaltantes denodados,  
 El grito de ¡victoria! al fin estalla:  
 Tomaron ya la formidable altura,  
 Y con ello su triunfo se asegura.

Cortés ordena se destruya luego  
 Del dios Huitzilopochtli el santuario,  
 Y al punto brota por doquier el fuego  
 Que enardece el rencor del adversario.  
 Presto los sacerdotes, sin sosiego,  
 En vista del incendio temerario,  
 De nuevo al pueblo á combatir excitan  
 Y en contra de Cortés se precipitan.

Cual suele, oscureciendo el firmamento,  
 La tromba que aparece aterradora,  
 Arrastrar, en su raudo movimiento,  
 De destruccion la fuerza asoladora;  
 Así impelida por su ardor violento,  
 La mexicana grey, á quien devora  
 El sacrilego ultraje, se abalanza  
 Al español, sedienta de venganza.

Y así como la tromba, suspendida  
 En el espacio, avanza y amedrenta,  
 Y de pronto, tras ruda sacudida,  
 Con terrible fragor truena, y reventa;  
 De la misma manera, embravecida  
 La multitud, acosa turbulenta  
 A la temible hueste castellana  
 Que vanamente en resistir se afana.

Arrollados de pronto los guerreros,  
 No pueden resistir el choque rudo;  
 Inútilmente esgrimen los aceros,  
 Y es vano que aperciban el escudo.  
 No es sólo la falange de flecheros  
 Que les arroja el pedernal agudo  
 La que les acomete embravecida;  
 Es una muchedumbre enfurecida.

Los principales jefes manejando  
 La macana<sup>15</sup> con fuerza formidable,  
 Van en tierra los cuerpos derribando  
 Del enemigo, que era invulnerable.  
 Otros, con grandes mazas, van diezmando  
 La hueste del contrario abominable;  
 Y todos, con intrépida osadía,  
 Le acometen y cercan á porfía.

En medio del combate, los soldados  
 Cuerpo á cuerpo batallan confundidos,  
 Y estrechamente juntos y abrazados  
 Prosiguen en la lucha enardecidos.  
 Algunos españoles, acosados  
 Por enormes maderos encendidos,  
 Buscan en su terror fuga ligera,  
 Y ruedan del teocalli la escalera.

La armadura quién deja destrozada  
 Al rodar en la extensa gradería;  
 Quién, con un resto de la férrea espada,  
 Va dando golpes en la losa fría;  
 Quién, la robusta lanza abandonada,  
 Deja, intentando asirse con porfía;  
 Así bajan los hombres, produciendo  
 En su espantosa fuga horrible estruendo.

Del gran teocalli en la gigante altura  
 La voz de triunfo se alza formidable,  
 Encendiendo en las masas la bravura  
 Que aumenta su poder incontrastable.  
 La legion castellana se apresura  
 A escapar del peligro inexorable,  
 Y en confusion terrible y espantosa  
 Esquiva la contienda desastrosa.

No se aterra Cortés: su pecho osado  
 Guarda en el riesgo un corazon valiente:  
 A su ejército mira destrozado,  
 Y la marcha dispone indiferente.  
 Ordena sus legiones esforzado,  
 Y de las filas ocupando el frente,  
 Dirige hácia el cuartel la retirada  
 En formacion perfecta y ordenada.

En tanto, Cuitlahuác, con sus guerreros  
 Atacando la odiada fortaleza,  
 Valiente alcanza triunfos verdaderos  
 Que de su hueste avivan la entereza.  
 Ya un escuadron de tlatelolcas fieros  
 El recio muro á demoler empieza,  
 Y al interior en breve penetrando,  
 Irá á los de Cortés aniquilando.

Pero vuelve Cortés, y su presencia  
 Temor infunde al pueblo mexicano,  
 Que de su ardor contiene la violencia  
 Creyendo que su intento será vano.  
 Dispone Cuitlahuác la resistencia  
 En un grupo de casas no lejano,  
 Y posesion tomando de la altura,  
 Tener á raya al español procura.

## FIN DEL CANTO SEGUNDO.